

# LAS ESPINAS DEL AMOR

Arlette Geneve



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Las Espinas del Amor

© 2007 María Martínez Franco. Reservados todos los derechos  
© 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Noviembre 2007

ISBN: 978-84-96692-60-2

Depósito Legal: B-47280-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Litografía Roses S.L

© Valery  
[www.valery.es](http://www.valery.es)  
[editorial@valery.es](mailto:editorial@valery.es)

Editorial ViaMagna  
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta  
Barcelona 08017  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

## PRÓLOGO

*Bailén, julio de 1808*

El estruendo había sido ensordecedor, pero, al fin, había cesado el fragor de la batalla. El silencio hizo su presencia cuando, uno a uno, se fueron apagando los lamentos y quejidos de aquéllos que habían caído en la contienda. La noche, en callada protesta, se mostraba caliente y húmeda; el tiempo en agotado suspenso. Flotaba en el aire el olor de la derrota extrema, dolorosa y humillante.

La luna de verano, testigo silencioso de la barbarie, mecía su brillo prístino sobre el horizonte, que se iba tornando carmesí, rindiendo humilde pleitesía a los hombres que habían caído vencidos. El trinar lejano de los pájaros rompía el silencio y hacía que la quietud que oprimía la tierra pareciera menos plomiza y oscura. Hedores de muerte se elevaban desde el suelo entre los cuerpos desgarrados y mutilados de los muertos... había tanta desolación.

La mujer, de aspecto etéreo, recorría uno a uno los cuerpos que yacían inertes bajo sus pies, donde el polvo mezclado con la sangre y el sudor envolvía las carnes desgarradas como un sudario, haciendo que su aspecto resultase macabro, repulsivo.

¡Había tantos cadáveres! Era una misión casi imposible poder encontrar alguno con vida, pero, aun así, ella no

## ARLETTE GENEVE

perdía la esperanza. Seguía removiendo cuerpos como hiciera desde que había comenzado esa guerra desoladora, como son todas las guerras sin importar el lugar, el momento o la causa.

Sabía que no sería fácil encontrar a un soldado con vida entre el amasijo de carne mutilada. Rostros desconocidos. Una vorágine de identidades que desconcertaba. Soldados franceses, ingleses, españoles, pero ella seguía buscando entre los cuerpos, esperanzada. Tenía que encontrar a Rodrigo, no sabía si estaba vivo o muerto, tan sólo tenía la certeza de que su caballo había caído en la contienda y rezaba fervientemente para que no estuviese muerto todavía.

—Mi señora... Aquí hay alguien que aún respira. —El grito de Luis le hizo volver la mirada triste de nuevo al horizonte. El leal sirviente intentaba darle la vuelta a un soldado de cascaca roja y ella encauzó sus pasos, ligeros como plumas, hacia él.

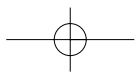
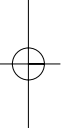
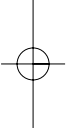
Inés se acercó silenciosa y en sus cálidas pupilas asomó un atisbo de compasión por el soldado malherido. Un suspiro más y, lentamente, se arrodilló junto al cuerpo inmóvil para comprobar la gravedad de sus heridas. Tenía un fuerte hematoma en la cabeza y un tajo en el pecho de considerable profundidad. Seguía respirando, aunque con gran dificultad, morían muchos más hombres por la infección de sus heridas que por la pelea misma y, aun así, muchos conseguían burlar la muerte para alivio de sus seres queridos y para hastío de sus verdugos.

—Hay que trasladarlo con sumo cuidado al campamento, su vida pende de un hilo, pero, si ha de morir, espero que sea mientras sigue inconsciente. —Inés cerró los ojos durante un breve instante—. Te ayudaré y juntos lo cargaremos en la carreta, yo seguiré buscando a Rodrigo.

Inés miro al hombre malherido una vez más. Rondaría los cuarenta o cuarenta y cinco años, ya se notaban canas alrededor de un pelo que, a pesar del polvo que lo cubría, se advertía rojizo, y líneas oscuras alrededor de los ojos, la expresión de infelicidad no la borraba su inconsciencia e Inés volvió a compadecerse de él... de todos.

Poseía un cuerpo robusto. Por sus galones supo que no era un soldado raso aunque le extrañaba que estuviese en primera línea de batalla. Por regla general, los aristócratas ingleses solían quedarse en la retaguardia, no así como Rodrigo a quien le gustaba estar en primera línea de tiro. Inés conocía demasiado bien el temperamento de los españoles, decididos, arrogantes y altivos hasta las últimas consecuencias, su hermano, el mayor de todos.

De nuevo elevó una plegaria a favor de Rodrigo, para que siguiese con vida. Para que otra alma caritativa se ocupase de socorrerlo si en verdad había caído luchando, como ella estaba haciendo por este desconocido soldado de casaca roja.



## INGLATERRA

*Whitam Hall, abril de 1826, dieciocho años después*

John Beresford, sexto marques de Whitam, se sentó estupefacto. Tenía en sus manos una carta escrita por Inés de Velasco. El sobre, amarillo por el paso de los años, lo desconcertó momentáneamente, había sido escrita hacía mucho tiempo y no entendía por qué llegaba a sus manos con tanto retraso. Rasgó el sobre y sacó la hoja pulcramente redactada. Comenzó a leerla tan incrédulo como emocionado.

*Estimado John,*

*Si supieras cuánto te he extrañado a lo largo de estos años vacíos, cuando mis manos anhelaban tu contacto cálido y sereno... compartimos algo tan maravilloso que aún por las noches duele el silencio que se quedó conmigo tras tu marcha. Llegaste a mi vida cuando necesitaba de un amor tranquilo, que perdurase en el tiempo como una hermosa amistad. Tras meditarlo mucho y valorar los posibles inconvenientes, he estimado necesario informarte de alguien muy importante. Lamento profundamente no haberte informado antes de la existencia de Aurora. ¡Tenemos una hija maravillosa! Dulce, alegre, tan vivaz... aunque no pasamos mucho tiempo juntos, y nos dijimos adiós sin rencores, sin promesas, es necesario que conozcas el resultado de aquello que sentimos y que logramos juntos, nuestra niña. Esta misiva no es una petición ni una orden sino un ruego de consideración, para una*

## ARLETTE GENEVE

*niña que se merece conocer sus orígenes paternos, conocerte a ti John. En un principio luche contra mis sentimientos intentando hacer lo correcto. Tú tenías tu vida en Inglaterra. Yo no podía irme de España, aunque, en ocasiones, demasiadas, lamenté no haber escuchado tus ruegos insistentes de marcharme contigo, pero creo que acerté en mi decisión, aunque ello te privase de tu hija por tanto tiempo. Si vieras lo bonita que es. Apenas tiene siete meses, pero es tan alegre y chispeante... qué puedo decir. De todo corazón, espero que me perdones y comprendas lo duro que fue para mí tomar la decisión que tomé en su momento.*

*Tu amiga y compañera siempre, Inés de Velasco y Duero.*

La mente de John bullía como un torbellino. Una hija, maravilloso, aterrador, jamás imaginó que algo así pudiese sucederle. Su querida Inés, cuántos años suspirando por ella, cuántos ruegos y cartas instándola a que regresase a él. Cartas de respuestas silenciosas, en el olvido, y después de dieciocho años descubre que de aquel amor maduro nació una hija. La ansiada hija que no pudo tener con su esposa Karen, muerta tantos años atrás.

Y ahora, ¿de qué manera podría explicarle a sus tres hijos que tenían una medio hermana, y de sangre española? John comenzó a reír incrédulo. Cuatro generaciones de Beresford sin engendrar una hija, sólo varones y, de pronto, se le concedía la gracia de tener una, y si Dios lo permitía iba a conocerla muy pronto.

Su pensamiento recorrió veloz el camino andado dieciocho años atrás. Su alistamiento de nuevo en el ejército tras la muerte de su esposa a causa de unas fiebres. La impotencia, la rabia, el llanto de sus tres hijos, la acusación callada de sus ojos y el ramalazo de esperanza por si cambiaba de opinión, pero él decidió partir a un país desconocido a combatir en una guerra que no era suya. Recordó la apatía que lo embargó a su llegada a Cádiz, la indiferencia con la que combatió, su caída

en el campo de batalla y la hermosa Inés rescatándolo tras recibir una herida de guerra que lo mantuvo en la inconsciencia durante varias semanas.

Aún lo estremecía la incapacidad que sufrió al no poder hablar o moverse durante meses, sabiendo que en su casa lo darían por muerto, pues de ninguna forma podía ponerse en contacto con sus hijos.

Aún lo estremecía el tierno cuidado con el que fue atendido por las manos suaves y cálidas de Inés. Sus hermosos ojos, su bella sonrisa, esa entrega altruista. ¿Cómo reparar en esos gestos sin enamorarse, sin lanzarse a un amor a pesar de las consecuencias?

Nunca se sintió enamorado de Karen, su primera esposa. Fue un matrimonio concertado y, aunque querida, jamás sintió una pasión tan desbordante y cegadora como la que sintió por Inés. Su adorada Inés.

Fue duro tener que dejarla. Ella no se sentía capaz de abandonar España, a los suyos. Qué desgarrador volver a comenzar de nuevo una vida en solitario, sin compañera, con tres hijos casi... Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar padre? Necesito que firme unos documentos. —Christopher, el mayor de sus hijos, asomó la cabeza por la hoja entreabierta de la puerta que comunicaba la biblioteca con el despacho—. Se le ve algo pálido. —John negó con la cabeza y volvió a levantarse de su sillón.

—Acabo de recibir una noticia sorprendente. No sé cómo empezar... Creo que me vendría bien un coñac.

Christopher le sirvió a su padre una copa del oloroso licor. Lo miraba de hito en hito porque sabía que su padre estaba sorprendido e ignoraba la razón.

—¿Me entenderás hijo?

Christopher estaba enmudecido, estupefacto. Miró largamente a su padre. ¿Podría ser que desvariase? ¿Por qué

## ARLETTE GENEVE

no le había dicho nunca una palabra? Se preguntó de qué forma afectaría a su vida semejante revelación. Pensó en sus dos hermanos y en lo cómoda y apacible que transcurría la vida para los tres. Era asombroso lo que unas líneas podían cambiar la vida de uno. Pensó en sus dos hermanos y se intranquilizó por la nueva.

Andrew, el más pequeño, con su carácter despreocupado, se reiría de la situación. A menudo no daba la importancia necesaria a los asuntos de máximo interés y esa forma de ver las cosas lo desquiciaba. Arthur, el segundo, se mostraría reticente y retraído. Su tendencia introvertida y callada lo haría mantenerse al margen, pero ¿qué sucedía con él? No podía controlar sus sentimientos contradictorios. Realmente a su padre se le veía contento, esos ojos azul claro no reían a menudo, se palpaba el deleite con el que había recibido la noticia. ¿Qué postura adoptaría ahora? ¿Seguiría todo igual? ¿Qué pretendía esa mujer al revelar ahora todo de forma abrupta? ¿Y por qué ahora y no antes? La mente de Christopher era un hervidero de especulaciones, se sentía medio decepcionado medio escéptico. ¡Una hermana, y española!... ¡Increíble! Con lo belicosos que se mostraban los españoles, con ese carácter extrovertido endemoniado. Christopher carraspeó molesto.

—¿Qué piensa hacer al respecto? —John lo miró desconcertado y aturdido.

—Viajaré a España, por supuesto, deseo fervientemente conocerla. Espero que su madre le haya hablado de mi existencia. Quiero explicarle que tiene tres hermanos mayores y que... —John suspiró con vacilación—. Christopher, ¡ayúdame con tus hermanos! Necesito más que nunca el apoyo de mi hijo mayor en esto, es muy importante para mí. —La voz de John era de súplica.

—Creo que se está precipitando en sus conclusiones. —Christopher calló un momento—. No sabe con seguridad si en verdad es hija suya. Debería cerciorarse antes de emprender un viaje tan largo estando su salud tan precaria. —El argumento sonó cáustico.

—Lo sé, pero estoy realmente emocionado, tengo una excusa válida para reencontrarme con Inés. Compartimos algo realmente excepcional, hijo, y pensar que de aquél sentimiento ha nacido una hija... comprenderás mi ansiedad y apremio por partir.

—Intento comprenderlo padre, sólo le pido que no se precipite, las personas suelen cambiar con el paso de los años, y han pasado muchos desde entonces. —John miró a su hijo de forma directa y dudosa.

—¿Qué escondes tras esa reticencia? Inés es una mujer de honor intachable. Jamás oí de sus labios una queja o un lamento. Siento un profundo dolor por los años perdidos, sin saber de la existencia de mi hija, hasta hoy, pero estoy convencido de que Inés tenía un motivo ulterior para guardar silencio. Sé, a ciencia cierta, que tiene una explicación que dar-me y que lo hará en cuanto me presente de nuevo ante ella. —Christopher carraspeó incómodo.

—¿Me dejaría leer la carta? Sé que es algo personal pero... —John le pasó la misiva sin titubear y miró a su hijo mientras la releía con ojos expectantes.

—Padre, debería leer entre líneas. —Christopher vio la confusión de su padre y suspiró.

—Quizás la propia Inés desconoce que se la han enviado o es posible que... —Christopher calló al ver el rostro demudado de su padre.

John se levantó de su asiento y caminó hacia el hogar encendido. A pesar de estar en abril la casa seguía siendo fría y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Nunca se había recuperado totalmente de sus heridas. Aunque el tajo en el costado había sido casi mortal, había cicatrizado por completo, pero el golpe recibido en la cabeza era el que le había dejado secuelas. A menudo sufría unas fiebres que lo dejaban paralizado y metido en cama durante varios días. Tras el último infarto su salud estaba muy resentida. Comprendía la preocupación de Christopher, pero esta última observación le había

dejado anonadado. Ante la magnitud de la noticia no se había percatado de que era posible que la propia Inés no estuviese viva, no se atrevía a pensar siquiera en la posibilidad aunque, nada le haría cambiar de idea. Viajaría de nuevo a España y conocería a Aurora y, si Dios lo permitía, la traería a Inglaterra consigo. Miró a su primogénito, vio sus ojos cargados de reproche y, a pesar de su resolución, se descorazonó. Sabía lo dolido que debía sentirse. La noticia era en verdad sorprendente, pero él jamás pensó en revelarle a sus hijos el profundo amor que había sentido por una española. Inés lo dejó marchar y él intentó recuperarse de la herida profunda que sintió por su negativa a acompañarlo. Tenía que haberla obligado, ser más contundente, pero la quería y la respetaba demasiado para obviar los lazos tan fuertes que la unían a su familia y a su país. John soltó un profundo suspiro. ¡Tenía una hija!... sintió un deseo acuciante de verla, de conocerla, y pensaba hacerlo cuanto antes. De pronto, un dolor agudo y paralizante se extendió por su brazo izquierdo. John sintió una garra que le estrujaba el corazón y que le impedía respirar. Se llevó la mano al pecho y cayó al suelo con un golpe sordo. Christopher maldijo por lo bajo. Desde el infarto, hacía apenas seis meses, la salud de su padre era muy precaria y ese desmayo no presagiaba nada bueno. Corrió hacia donde había caído John y con un fuerte grito llamó pidiendo ayuda.

## CAPÍTULO 1

*Ronda, junio de 1825*

La muchacha estaba disfrutando como nunca. Le encantaba ver a su aya fruncir el ceño y lanzar maldiciones gitanas, y eso era lo que estaba sucediendo en ese preciso momento. Aurora se había negado en redondo a permitirle a ella que se metiese en el río.

Tanteó con el pie desnudo una roca antes de asegurar el paso, el precario equilibrio logró arrancarle una risa juvenil y contagiosa. El río fluía manso a un lado de los cañizos, donde ella pretendía llegar si lograba no caerse antes en el agua. Sabía que la profundidad era muy poca, no había peligro de que la corriente la arrastrase, el agua apenas le llegaba a la cadera. Cuando alcanzó el lugar exacto donde Eulalia conseguía recoger sus plantas, esperó con paciencia a que la arena removida por sus pies volviese a posarse en el fondo.

Eulalia levanto la vista un momento de las raíces que estaba cortando con sumo cuidado y vio, con cierta resignación, que Aurora estaba arrancando matojos inservibles.

—*Jahivé*<sup>1</sup> estás cogiendo hierba mosquitera en vez de lo que necesito. Es inaudito que me haya dejado convencer para que hagas mi trabajo.

Aurora le sonrió con picardía a la persona que se había ocupado de ella desde que nació.

—Sabes que estoy dispuesta a aprender y conocer todos tus secretos medicinales. Manuel me está ayudando mu-

1- Aurora, en caló.

## ARLETTE GENEVE

cho con las definiciones de las hierbas en latín, pronto tendré terminado el manual sobre curación mediante hierbas. La gente conocerá y apreciará el enorme trabajo que hemos realizado los tres.

Eulalia suspiró entre contrariada y orgullosa.

—Has de llamar al muchacho como corresponde, mi niña, Emmanuel La Housaye. Sabes que su papá detesta oír el nombre de su hijo en nuestra lengua.

Aurora resopló impaciente.

—Siempre regañándome aya. El día que no digas una queja contra mí Lorenzo se enfriará, y sabes que él detesta que lo llame por su nombre galo.

Eulalia ignoró este último comentario y Aurora decidió cambiar de tema.

—He leído en un libro que me ha prestado Jared sobre la curación mediante arcilla roja. Estoy deseando poner en práctica sus propiedades. ¿Sabes que aquí tenemos mucho de ese polvo colorado y ya he cogido más del que necesito? Pienso preparar la cataplasma tal y como explica el manual. Nuestro querido Manuel está de acuerdo en probarla.

—Pues creo que su padre te despellejará viva si te ve untando a su muchacho con barro apestoso tenga el color que tenga.

—Su padre hace tiempo que intenta despellejarme por cualquier nimiedad. Es un cascarrabias, pero ¡qué se puede esperar de un gabacho! —Aurora soltó la queja sin el menor disimulo.

—Pues su hijo también es francés y ese detalle lo ignoras con absoluto descaro.

Aurora cabeceó mohína.

—Su hijo es nacido en España, de madre y abuelos españoles. —Con estas palabras esperaba que Eulalia se diese por aludida.

—Un día ese gabacho te meterá en un buen lío. —Se oyó una fuerte exclamación y Eulalia casi se mete en el río del susto—. ¿Estás bien mi niña?

## LAS ESPINAS DEL AMOR

—¡Ea! sólo he resbalado con una piedra, pero si me hubiese caído no me habría visto nadie.

—Si tu tío te viese en este momento quitaría el resuello de mi garganta ¡lo juro!

Aurora volvió a reír divertida.

—Pero yo no pienso decírselo, ¡ole y ole...!

Eulalia la miró con una advertencia en sus ojos negros.

—¡Detesto esa coletilla!

Aurora le hizo una mueca con cariño.

—Lo sé... Por eso me encanta chincharte.

—Se dice pincharte, *mija*.

Aurora soltó una carcajada cantarina.

—Y eso me lo dice una gitana deslenguada. Eulalia, si sigues con ese parloteo no podré estarme quieta y hacer mi trabajo, así lo único que conseguiré es remover el agua, mancharme todavía más y pillar un resfriado.

Eulalia no pudo evitar una murmuración quejumbrosa.

—Ojala ese culo respingón bese el lecho del río. —Apenas terminó de pronunciar las palabras, Aurora resbaló y quedó tendida en el agua hasta la garganta.

—Guarda tus maldiciones *p'á los gabachos* —resopló entre malhumorada y divertida—, parece mentira que tus maldiciones se hayan cumplido cuando sólo eres una bruja de pacotilla. ¡La leche! ¡Cómo voy a entrar en casa sin que me vea el servicio y lo chismeen a mi tío?

Eulalia reía con auténtico regocijo. Nada le gustaba más que chincar a esa mocosa tunante y descarada a la que amaba con todo su corazón.

—Debería preocuparte más tu abuela. Tienes a tu tío bebiendo de tu mano, haces con él lo que se te antoja, y eso, mi niña, debería darte vergüenza.

—Sabes que adoro a Rodrigo, soy yo la que bebe el agua de su mano.

—Yo diría que ahora lo único que bebes es el agua fangosa del río. —Eulalia no cesaba de bizquear de la risa viendo

## ARLETTE GENEVE

el ceño malhumorado de Aurora, mojada hasta los huesos. Por cierto, en un año había cambiado mucho. Qué orgullosa se sentiría su Inés si la viese, tan parecida a su hermano, que más parecía una hija que una sobrina.

Eulalia suspiró quejosamente... extrañaba tanto a su amiga. Habían compartido tantas cosas. Momentos inolvidables e irrepetibles y sólo le había quedado el regusto amargo de los recuerdos. Maldijo la hora en que la perdió y el dolor por su ausencia no la había abandonado todavía.

Miró resignada cómo Aurora se quitaba la falda y la escurría sin ningún tipo de pudor, como siempre. No llevaba más que la enagua. María recibiría una fuerte impresión al verla vestida como una gitana y, por cierto, comportarse como una gitana. Tenía la piel demasiado dorada de tanto exponerse al sol plomizo andaluz, pero hacía un contraste muy hermoso con ese pelo castaño cobrizo.

Eulalia adoraba sus ojos, del color del oro viejo, «ojos de gata de pueblo», como la llamaba Diego. Meneó la cabeza pesarosa. Diego estaba enamorado de ella desde que dejó de ser una niña, sentimiento que Aurora correspondía y callaba. Diego era un buen hombre, de corazón noble y sentimientos profundos, pero ella había visto que ese amor no iba a prosperar, debía decírselo a su niña, pero no, aún quedaba tiempo para las desilusiones.

Siguió contemplándola en silencio mientras Aurora se secaba con la cara levantada hacia el sol. Las horquillas se le habían desprendido del pelo y ahora la larga melena caía hasta su estrecha cintura, con lo cual terminó mojándose y llenándose de rizos incontrolables. Eulalia volvió a suspirar llena de impotencia, su niña podría ganar un concurso de modales lo mismo que un puerco.

Rodrigo estaba de pie, mirando el patio a través de la ventana. Las manos las tenía entrelazadas en la espalda, se notaba la tensión en los hombros. El ceño fruncido y la boca

## LAS ESPINAS DEL AMOR

apretada en una línea dura mostraban a las claras el enorme disgusto que lo embargaba.

—No puedes pedirme algo así, no lo aceptaré. —La voz sonó airada, ácida. Rodrigo se dio la vuelta y la miró de forma penetrante y dura.

—No estás siendo razonable, te arranqué una promesa hace mucho tiempo y es hora de que la cumplas. —La voz de María sonó engañosamente suave, pero las palabras dejaban traslucir una determinación poco usual en una mujer de su edad.

—¡Es mi sobrina y se queda aquí conmigo!— sentenció Rodrigo con voz seca.

—¡Es mi nieta y haré que cumplas tu promesa!— contraatacó María con una voz que delataba una firmeza indiscutible.

—Jamás daré mi consentimiento. Tú mejor que nadie conoces mis motivos, además, es mi heredera.

—¡Y qué harás con tu título! ¡No puede heredarlo! —La exclamación de María logró arrancarle una mueca.

—Mi título pasará a su primogénito a su debido tiempo, Aurora es la heredera de mis propiedades y lo poco que queda de mi maltrecha fortuna.

—Antes tendrá que casarse y la educación tan arbitraria que le has dado va a ser un enorme obstáculo para ello. Rodrigo la miró con fijeza y altanería mal disimulada.

—Madre, mi respuesta sigue siendo no.

—Se merece conocer a su padre —siguió, terca.

—Madre... No hay nada más que discutir. —Rodrigo comenzó a avanzar para alcanzar la puerta y salir de la sala que lo estaba ahogando por momentos. Se sentía herido, su hermana nunca quiso revelarle el nombre del padre de su sobrina y haberlo descubierto de esa forma tan repentina lo enfurecía.

En un principio se molestó, le increpó, acusó, pero Inés se mantuvo firme. Se negó rotundamente a facilitar información al respecto y ahora su madre esperaba que dejase mar-

## ARLETTE GENEVE

char a su sobrina a un país extranjero con gente desconocida, ¿qué pretendía con ello?

—¡Espera Rodrigo! —suplicó María con voz atormentada—. Sé que te sientes molesto y lo lamento de veras.

Él la miró una vez más y detuvo sus pasos.

—Suavizarlo ahora es inútil, pero todo está dicho madre, mi sobrina no marchará a ninguna parte, acéptalo cuanto antes.

—Ya es tarde. Hace semanas envíe una carta que la propia Inés me dejó un poco antes de morir. Me arrancó la promesa de enviarla cuando Aurora cumpliera sus diecisiete veranos. Fue su última voluntad y soy persona de honrar a los muertos, es posible que pronto vengan a reclamarla.

—Madre, ¿por qué? —atajó Rodrigo con voz dolida.

—Es nuestro deber decírselo y aceptar su decisión, créeme. Esto me asusta mucho, pero no deseo tener este cargo de conciencia. Me pesa en el corazón la promesa que le hice a tu hermana, pero debe conocer a su padre, además, debe tener hermanos, tíos y primos, creo que es una razón válida para que cedas.

—¡Es un maldito inglés!, y no cambiaré de opinión al respecto. —La mirada de Rodrigo seguía siendo fiera, con un atisbo de decepción en sus profundidades doradas.

—¿Se lo dirás al menos? —preguntó María de forma vacilante.

—Es la única palabra que he prometido y soy hombre de cumplirla. —Dicho esto, abrió la puerta y salió al vestíbulo con grandes zancadas, dando muestras de un disgusto enorme.

María suspiró cansinamente. Sentía un profundo amor por su hijo, casi lo había perdido una vez y le dolía que se sintiese molesto con ella. Conocía sobradamente sus razones. Por culpa de un inglés cobarde casi muere, pero el rencor no era buen consejero y sufría porque su hijo estaba lleno de él. Apenas quedaban restos del muchacho valiente, confiado y risueño que fuera una vez. Sólo existía una persona capaz de

conmoverlo y había volcado en esa persona todo su afecto. La había vuelto insolente, temeraria. Demasiado ávida por vivir y experimentar, cualidades que en una joven de su alcurnia podían convertirse en un verdadero problema. Una hija debía conocer a su padre, aunque rezaba fervientemente para que esa decisión no se volviese contra ella y los suyos.

María se incorporó y se acercó a la ventana. Vio a su hijo cruzar el patio interior y pasar a su estudio. No se detuvo ni un instante a contemplar los bellos geranios que desprendían un dulce olor y que llenaban de color la zona de la casa que más le gustaba. Aunque la mayoría de las casas en Andalucía tenían hermosos patios y muchos de ellos estaban rodeados por un pórtico, ninguno era tan hermoso como el que había cuidado su hija Inés.

María ladeó la cabeza al sentir que una lágrima rodaba por su pálida mejilla, pero, cuadrando los hombros, se alisó la falda del vestido y llamó desde la ventana a Eulalia cuando la vio pasar hacia las dependencias interiores.

—¿Qué te tiene tan turbado? —Diego, apoyado en el marco de la ventana que daba al patio interior miró a su amigo, el ceño fruncido le indicaba que algo no andaba bien. Rodrigo se encontraba de espaldas a la mesa, mirando sin ver los cientos de libros que llenaban la biblioteca de la pared, ausente—. Estás comenzando a preocuparme y sabes que eso no es fácil.

Rodrigo suspiró antes de hablar.

—Fernando cree que le estoy pasando información a los carlistas y me tiene entre la espada y la pared, apenas puedo moverme sin que me vigilen y esta situación se está volviendo insostenible. —Diego dilató sus pupilas ante la declaración inesperada.

—Eso es demencial. —Miró a su amigo con sorpresa y asombro—. Eres un hombre íntegro, de honor incuestionable. Has aceptado lo que desea el pueblo vaya o no con tus ideas o intereses. Se podría dudar de cualquiera pero no de ti.

## ARLETTE GENEVE

Rodrigo hizo un gesto resignado apenas perceptible.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —Había duda en la voz de Diego.

—Ser un hombre práctico y mantenerme al margen. Fernando está quitando a todo aquél que le entorpece en su marcha hacía una completa sumisión del pueblo y ahora no estamos en condiciones de hacerle frente. No cuando el pueblo se encuentra herido de muerte y sangrando.

—¿Temes por tu familia? —La pregunta sonó incierta pero acertada.

—Conoces a Fernando, lo único que le interesa es el poder y si ha de pasar por encima de todos para tenerlo, no dudes que lo hará. —Rodrigo hizo una honda inspiración y continuó—. Estoy preocupado por la seguridad de mi casa, si algo me ocurriese a mí... No sé qué sería de mi madre y de Aurora, tengo la obligación de velar por la seguridad de ambas y la forma de protegerlas me tiene en una encrucijada.

Diego asintió con la cabeza, aún atónito. Siguió mirando a Rodrigo y percibió un ligero temblor en su mano izquierda.

—Percibo que te preocupa algo más ¿no es cierto? —Rodrigo asintió.

—Acabo de hacer una promesa que no estoy seguro de poder cumplir. Tengo en el estómago una sensación inquietante, el presentimiento de que, haga lo que haga, decida lo que decida, será una decisión desacertada. Sinceramente, no sé de qué forma actuar.

Diego se tensó involuntariamente.

—Si sigues yéndote por las ramas vas a crisparme los nervios.

Rodrigo se volvió y miró la cara de Diego. Vio la expresión preocupada de su rostro, su boca ausente de la sonrisa que lo caracterizaba e hizo un gesto con la cabeza, medio asintiendo medio negando.

—Ahora por fin sé quién es el padre de Aurora y mi madre me ha recordado una promesa que me arrancó hace muchos años.

Diego se atragantó con el tinto que estaba tomando, se aclaró la garganta y lo miró espantado.

—¡Bromeas! —La sorpresa en la voz de Diego era innegable.

—¿Crees que bromearía con algo semejante? —Rodrigo escrutó el semblante serio de Diego y viendo que éste continuaba sin dar crédito a lo dicho continuó.

—¡Es un maldito inglés! —Rodrigo se mesó el pelo castaño de forma automática en un gesto casi idéntico al que usaba su sobrina para ordenar sus rebeldes rizos. Diego seguía sin poder articular palabra, continuaba observando, deduciendo.

—Agradezco tu silencio, pero no me ayudas mucho.

—Mis palabras son lo último que necesitas en este momento, amigo mío, aunque no debería sorprenderte tanto la noticia.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Rodrigo de forma cínica—. ¿Acaso soy el único escéptico con respecto a este asunto?

—No he dicho tal cosa ni ha sido mi intención ofenderte —respondió Diego de forma conciliadora.

—Ambos suponíamos que el padre de Aurora podría ser extranjero. Es un hecho indiscutible que es demasiado alta y, aunque tiene el color de tus ojos, muchos de sus rasgos deben ser herencia paterna, porque no se parece en nada a Inés.

Rodrigo lo miró severamente y masculló:

—Sabes que es idéntica a mí —arguyó de forma orgullosa.

—Sí... Tiene tu temperamento, tu color de ojos y hasta tu misma impaciencia. —Éste último comentario logró arrancar una leve mueca en los labios de Rodrigo.

—Y por cierto, que tu sobrina anda medio escondiéndose por el patio. ¿Qué nueva fechoría habrá cometido? —Rodrigo se volvió de golpe y en dos pasos alcanzó la ventana que daba al bello patio andaluz donde las hermosas plantas y fuentes de agua transmitían sensación de paz y armonía. Lle-

## ARLETTE GENEVE

gó justo en el momento que Aurora miraba por detrás de una de las columnas de mármol macael, aceleraba el paso e intentaba pasar agachada por debajo de la ventana del cuarto de costura donde se oía a su abuela hablando con Eulalia. En sus prisas volcó una planta de geranios rojos y, sin esconder una maldición, se agachó todavía más y recogió con prisas la tierra volcada y húmeda. Cuando hubo reparado el daño cometido respiró e intentó avanzar de nuevo hasta que oyó a su abuela que se acercaba a la ventana. Gimió interiormente y se sentó en el fresco suelo, aprovechó el momento para sacudirse los pies desnudos y manchados de las hojas secas que había aplastado al caminar descalza.

Al fin la voz de su abuela se había alejado de la ventana. Aurora se alzó apenas un poco para no ser vista y desapareció por la puerta de la cocina sin que la descubriesen, y sin sospechar que dos pares de ojos no se habían perdido detalle.

—¿Has visto lo mismo que yo? —Diego no podía disimular el regocijo en su voz.

—Ya ha estado gitaneando otra vez. Debería sentarla sobre mis rodillas y darle una buena tunda.

—Creo que es un poco tarde para eso. —La sonrisa de Diego se estaba haciendo cada vez más amplia, ya sin el disimulo impuesto a su voz para que no dejase traslucir la emoción que le causaba el solo hecho de contemplarla.

Rodrigo se había fijado en su pelo mojado, revuelto y lleno de hojas secas. El ruedo de su falda embarrado y sucio, el desgarrón en la blusa a la altura del hombro izquierdo y un bote lleno con algo parecido a babosas. Decididamente, tendría que hablar seriamente con su sobrina e increparle su comportamiento tan poco formal en una señorita bien educada y, por supuesto, reducir a Eulalia a un guiñapo por permitirle vagabundear con esas ropas por todo Ronda. Deseaba una vez más que su hermana pudiese verla y ser ella la que la amonestase. De nuevo suspiró y se volvió para sentarse, aún rumiando sus preocupaciones.

—En ocasiones creo que he educado a un muchacho y me horrorizo.

Diego rió por el pesar que anunciaba el tono de su amigo. Lo miró con gran admiración.

—No debes sentirte culpable amigo mío. Aurora es una joven acostumbrada a salir airosa de cualquier percance y eso, en vez de pesarte, debería hacer que te sintieses aliviado. Los hombres somos, la mayoría de las veces, unos verdaderos canallas. Aurora sabe defenderse gracias a ti, nada quebrará ese espíritu retador que posee. —Rodrigo asintió con la cabeza y Diego continuó con su apología—. Sus amigos han sido la mayoría de las ocasiones militares, es del todo razonable que haya aprendido a soltar la lengua sin pudor y, aunque es cierto que casi nada la hace ruborizar, el resultado es extremadamente raro y hermoso. A uno termina gustándole esa forma de lanzar puñales con la boca en forma de insultos.

Rodrigo negó con la cabeza.

—Cuando en ocasiones la oigo maldecir creo que mi hermana melliza se levantará de su tumba para pedirme explicaciones por su comportamiento.

Diego terminó por soltar una carcajada.

—Su sentido del humor es desquiciante, bromea constantemente y uno nunca sabe cuando habla en serio.

—Has educado a una mujer de forma excepcional, nunca te arrepientas por ello.

Rodrigo terminó por soltar un suspiro pesaroso y se quedó momentáneamente callado.

—Amigo mío, creo que acabas de tener un golpe de suerte.

Rodrigo miró a Diego con duda sin comprender sus palabras.

—Tu madre acaba de darte el arma para garantizar la seguridad de tu casa.

Rodrigo comprendió de inmediato.